

que podría subvertir y arruinar su concepción ideal del amor conyugal... reconocimiento inconfesado de que los hombres de carne y hueso no terminaban de ser como a él le hubiera gustado que fueran. Afortunadamente.

Quisiera añadir una consideración melancólica. Como la profesora Morant apunta, el esquema teórico que sirve de sustrato a la misoginia de autores como Vives, Marconville, Fray Luis de León o los redactores de manuales de confesión no deja de resultar aparentemente paradójico.

Por una parte, asume la superioridad no sólo física sino también, y sobre todo, espiritual de los hombres sobre las mujeres. Sin embargo, por otra parte insiste en el papel civilizador que éstas deben jugar en el contexto de la relación conyugal, ya que aquellos hombres a los que se supone superiores no dejan de ser vistos, desde la perspectiva de aquella teoría, como mucho más feroces, violentos, pasionales e irracionales que las mujeres, llamadas al sacrificio y la abnegación para moderarlos o incluso, podría decirse con propiedad, para domesticarlos, esto es: para sacarlos de la taberna o del burdel y reconducirlos al contexto ordenado y pulcro del *domus* matrimonial.

Mi consideración no tiene que ver con las tensiones internas de este modelo, que quizás podrían encontrar cierta escapatoria en el marco de una psicología de raigambre aristotélica. Lo que quiero apuntar, y es algo que me parece bastante recurrente en las relaciones humanas, es cuán a menudo se escoge como guardianes de un orden injusto precisamente a aquellos, en este caso a aquellas, que más lo padecen. Porque precisamente eran las mujeres las que, en la práctica y en la teoría de la Iglesia católica, justamente estaban llamadas a apuntalar el orden patriarcal.

Concluyo. No siempre se tiene la fortuna de poder hacer la reseña de la obra de un colega cuya lectura pueda recomendarse sin la menor reticencia. En este caso, yo he tenido esta suerte.

El silencio del Papa y otros pecados

Javier Moreno Luzón

Hace unos años, Daniel J. Goldhagen provocó un verdadero maremoto en las aguas de la historiografía y de la opinión interesada por la historia con su libro *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (edición española en Taurus, 1997), del que se vendieron cientos de miles de ejemplares en varios países. Goldhagen, profesor de ciencia política en Harvard, desafiaba las interpretaciones existentes sobre el genocidio de los judíos europeos durante la Segunda Guerra Mundial con dos aseveraciones tajantes: miles de alemanes, y no sólo los nazis, participaron voluntariamente en las matanzas; y ello se debió a su feroz antisemitismo eliminador, compartido desde tiempo atrás por la mayor parte de la sociedad alemana. Sus tesis fueron tachadas de apriorísticas, simplistas y erróneas; y sus métodos de selección y tratamiento de las fuentes, de inaceptables para el mundo académico. Aquel *debate Goldhagen*, en el cual participaron los especialistas más reconocidos, tuvo repercusiones informativas y políticas inusitadas, ya que sirvió sobre todo para remover y amplificar las discusiones públicas sobre el pasado alemán y la identidad nacional de la nueva Alemania surgida de la reunificación ①.

Ahora Goldhagen, que ha abandonado su puesto en la Universidad para dedicarse en exclusiva a escribir, vuelve a la carga y, con el



① Hay decenas de publicaciones sobre la controversia creada por este libro. Puede verse un resumen interpretativo de la misma en Javier Moreno Luzón: «El debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana», en *Historia y Política*, nº 1 (1999), págs. 135-159.

mismo afán polémico, presenta *La Iglesia católica y el Holocausto. Una deuda pendiente* (titulado de forma más expresiva en su versión original inglesa como *A Moral Reckoning. The Role of the Catholic Church in the Holocaust and its Unfulfilled Duty of Repair*). Aquí Goldhagen se suma a la lista de autores que han analizado el papel de la Iglesia en el genocidio y su respuesta ante él, lista que se ha alargado considerablemente en el último lustro. La intención eclesiástica de elevar a los altares a Pío XII, que llegó al pontificado en vísperas de la masacre y cuya actitud frente al nazismo resulta hartamente discutible, y el documento oficial vaticano acerca de la *Shoah* han proporcionado sendos pretextos para la controversia ②. Entre los trabajos más reveladores sobre la materia cabe señalar dos de los traducidos al castellano, el del historiador de Cambridge John Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII* (Planeta, 2001) y el del antropólogo e historiador de Brown David I. Kertzer, *Los papas contra los judíos* (Plaza & Janés, 2002). Sería deseable que siguieran el mismo camino otras contribuciones igualmente críticas con la Iglesia como las de James Carroll, *Constantine's Sword: the Church and the Jews* (2001) y Susan Zuccotti, *Under his Very Windows: the Vatican and the Holocaust in Italy* (2000), y textos escritos en defensa del papa como el de Ronald J. Rychlak, *Hitler, the War, and the Pope* (2000). La película *Amén* (2001), dirigida por Costa-Gavras y basada en la famosa obra de teatro *El vicario* (1963), de Rolf Hochhuth, forma parte del mismo ambiente en el que ha irrumpido Goldhagen.

La Iglesia católica y el Holocausto no es un típico libro de historia. Para empezar, su autor no ha realizado una investigación original, sino que bebe de los trabajos de otros, especialmente de los ya citados y de algunos más, cuya reseña en la revista *The New Republic* originó el texto definitivo y adelantó sus principales argumentos ③. En resumen, Goldhagen comparte —y a menudo radicaliza— las afir-

maciones del sector historiográfico más severo con la actuación eclesiástica. A saber: durante cientos de años y hasta bien entrado el siglo XX, la Iglesia fue una institución antisemita, dedicada a difundir toda clase de patrañas contra los judíos, como las falsas creencias de que éstos habían asesinado a Cristo y servían al diablo, con lo cual pavimentó la senda hacia el Holocausto, que, si bien no fue obra fundamentalmente suya, nunca habría ocurrido sin su labor previa y contó con su asidua colaboración. «El antisemitismo condujo al Holocausto y ha sido un componente esencial de la Iglesia católica», sentencia Goldhagen. Tales asertos se basan en múltiples hechos, desde la persecución medieval hasta el comportamiento del papa con las comunidades judías de los Estados Pontificios durante el siglo XIX, mostrado en toda su crudeza por el magnífico estudio de Kertzer. El odio católico al pueblo judío no disminuyó, sino que se acentuó al identificarlo con la modernidad secularizadora, en sus versiones liberal, democrática o socialista; y, más tarde, con el bolchevismo, enemigo mortal de la Iglesia. No pueden separarse por completo, como intentan los redactores de las declaraciones vaticanas sobre la cuestión, el antijudaísmo cristiano de un antisemitismo racista de supuestas raíces paganas, puesto que el primero creó el marco ideológico en que se desarrolló el segundo desde finales del Ochocientos y muchos medios religiosos ligaron y difundieron ambos. «Existía —resume el autor— una simbiosis entre el antisemitismo nazi y la concepción y las enseñanzas de la Iglesia sobre los judíos».

Aunque Goldhagen, consciente de la antigüedad y extensión del antisemitismo católico, insiste en que no deben dirigirse todas las miradas hacia Pío XII, también subraya en su trabajo los elementos que componen la interpretación crítica de la figura de este papa. Pacelli, como ha enfatizado Cornwell, unía su condición de germanófilo a la de antisemita, fue nuncio en Alemania y, primero como se-

② Nosotros recordamos: una reflexión sobre la «Shoah». Documento de la comisión vaticana para las relaciones religiosas con el hebraísmo, 16 de marzo de 1998 (<http://www.archimadrid.es/principi/princip/otros/docum/iglejud/actual/actual.html>).

③ Daniel J. Goldhagen, «What would Jesus have done? Pope Pius XII, the Catholic Church, and the Holocaust», en *The New Republic*, vol. 226, nº 2 (21 de enero de 2002), págs. 21-45.

cretario de Estado y después como sumo pontífice, actuó en consecuencia: llegó a un crucial acuerdo con el régimen nazi, el concordato de 1933, que garantizó la autonomía eclesial a cambio del apoyo a Hitler y de la disolución del partido católico de centro; decidió no publicar una encíclica de su antecesor Pío XI que condenaba el antisemitismo; y, una vez iniciada la guerra, aun sabiendo lo que pasaba en el este, se limitó a lanzar escasos y vagos lamentos por las víctimas, se puso del lado de Alemania en la lucha contra la Unión Soviética, sólo protegió a los judíos convertidos al catolicismo y, en general, observó «un silencio distante». Goldhagen repasa sobre todo sus omisiones: nunca ordenó que dejaran de predicarse las diatribas antisemitas, jamás hizo una declaración pública que denunciase la persecución y el exterminio, tampoco excomulgó a un solo genocida. Los diplomáticos vaticanos actuaron, cuando lo hicieron, tarde y mal. De nada sirven para el autor las excusas habituales, es decir, las de quienes aseguran que una oposición abierta al nazismo habría costado más vidas: otras iglesias, como la luterana en Dinamarca, protestaron con eficacia; incluso lo hicieron algunos obispos católicos en Francia o en Bulgaria. En definitiva, el hombre con mayor autoridad moral para detener u obstaculizar la ejecución del Holocausto, el papa, decidió callarse.

Donde el aliento de Goldhagen adquiere más contundencia es en el análisis de algunos casos nacionales en los que la jerarquía eclesiástica recorrió directamente el camino que conducía a la *Shoah*. En Alemania, las parroquias ofrecieron sus archivos para que las autoridades nazis indagaran en la genealogía de sus fieles y descubriesen quién tenía antecedentes judíos y quién no; los obispos no alzaron su voz contra las medidas racistas, aunque sí contra los criminales programas de *eutanasia*, que además lograron frenar sin sufrir represalias; y los capellanes militares acompañaron a las tropas alemanas en medio de la aniquilación. Más im-

presionantes aún resultan los casos de Eslovaquia y Croacia, países católicos y gobernados por regímenes filonazis durante la guerra. El gobierno eslovaco, encabezado por el sacerdote Josef Tiso y respaldado por la Iglesia católica, aprobó leyes antisemitas y permitió y alentó las deportaciones a los campos de exterminio: el Vaticano tomó algunas medidas tardías para desvincularse de las matanzas, «porque era innegable –remacha Goldhagen– que en Eslovaquia el gatillo tenía huellas dactilares eclesiásticas». En Croacia, numerosos curas y frailes al servicio de la sanguiñaria dictadura *ustasha* se convirtieron en asesinos de masas y algunos hasta dirigieron campos de la muerte, sin que sus superiores les reprocharan su conducta. El autor concluye que los religiosos participaban de los prejuicios de sus compatriotas en los estados donde el antisemitismo empapaba la cultura nacional.

Este libro sufre algunos de los defectos de *Los verdugos voluntarios de Hitler* y merece por tanto críticas similares, aunque también ha aprendido de los errores del *best-seller* anterior y lo supera en ciertos aspectos. Su estilo resulta muy repetitivo, de acuerdo con esa estructura *de cebolla* que ya constituye la marca de la casa y que a fuerza de reiterar los mismos argumentos, con nuevos matices e intenciones cada vez, consigue grabarlos en la mente del lector, pero ha ganado bastante en agilidad, quizá en parte gracias a la impecable traducción española de Jesús Cuéllar, María Condor y Pablo Hermida. En segundo lugar, la presentación de los temas adolece de un continuo menosprecio por el contexto histórico que rodea a cada acción concreta y prefiere explicar todas por una única causa: el antisemitismo, una especie de eterno cultural que adopta múltiples formas pero que siempre se las arregla para pervivir y promover las actuaciones más diversas. Sean cuales fueren las circunstancias y los movimientos de la Iglesia, tras ellos laten convicciones antisemitas. Sin embargo, Goldhagen no formula respecto a los eclesiásticos las mismas generalizaciones que

hizo sobre los alemanes y que le valieron en su día la acusación de germanófilo, sino que a menudo expone y valora los diferentes comportamientos dentro de las jerarquías, mostrando excepciones y desvíos. Y, curiosamente, su preocupación por el antisemitismo en los países católicos le lleva a ampliar su enfoque del Holocausto, que ya no ve como una realización casi por completo alemana sino que ahora contempla en su justa medida como un genocidio dirigido por alemanes en el que colaboraron muchos individuos de otras naciones donde el catolicismo tenía un peso mayor que en la propia Alemania.

Los críticos más duros con Goldhagen han enumerado los errores que manchan e incluso descalifican su trabajo. En especial, Ronald J. Rychlak, profesor en la Universidad de Mississippi, se ha ocupado de detallar las tergiversaciones y falsedades que propaga el autor, por ejemplo a propósito del franciscano croata apodado *hermano Satán*, que regentó un campo de exterminio y que al parecer lo hizo después de haber sido expulsado de la orden; o en relación con un eclesiástico alemán destinado en el Vaticano que salvó a importantes criminales nazis al final de la guerra, cuyos vínculos con Pío XII o con monseñor Montini, futuro Pablo VI, pone en duda el historiador católico mencionado. Un pie de foto que identificaba de manera equivocada al influyente cardenal alemán Faulhaber en una concentración nacionalsocialista, cuando en realidad se trataba del nuncio que asistía a un acto oficial, le ha costado al editor alemán una sentencia judicial que le obligaba a retirar los ejemplares ya distribuidos de la obra. Rychlak menciona además todas las intervenciones en que la Iglesia repudió las políticas antisemitas y al régimen nazi, cuya amplitud y difusión Goldhagen ignora, y propone que sea el ensayista judío quien se disculpe ④.

Y es que, imprecisiones más o menos graves aparte, *La Iglesia católica y el Holocausto* no tiene por objeto principal la exposi-

ción de los hechos históricos, sino que va mucho más allá hasta convertirse en un cometido alegato moral. Como responsable de sus actos, la Iglesia, dice Goldhagen, debe reconocer sus culpas, pedir perdón y abordar un plan de reparación que incluya compensaciones materiales, políticas y sobre todo morales. En este sentido, se une a la oleada de indagaciones que desde hace unos años intentan traer al presente las responsabilidades contraídas en el pasado y restañar en lo posible los perjuicios ocasionados. Naturalmente, la tarea comienza por que la Iglesia confiese que promovió el antisemitismo de una y mil maneras y que con ello indujo los crímenes contra los judíos. Ni el Concilio Vaticano II ni las comisiones y declaraciones posteriores sobre las relaciones con el judaísmo han cumplido un deber tan elemental. Pero ni siquiera eso bastaría, puesto que la Iglesia debe desmontar las estructuras que le permitieron cometer las mayores ofensas y que hoy le impiden reconocerlas, como las que consagran la autoridad infalible de los papas y la hacen competir «por la distinción de ser la institución política autoritaria más grande del mundo». Roma ha de renunciar también al credo *sustitucionista*, que considera al judaísmo inferior y superado por Cristo; y extirpar todas las huellas antisemitas que quedan en los textos sagrados del cristianismo. Es decir, Goldhagen propone, con un celo que para muchos resulta excesivo y que daña sus peticiones más razonables, una profunda enmienda del Nuevo Testamento. En síntesis: «Decir la verdad. Arrepentirse sinceramente. Desterrar el antisemitismo. Y, sobre todo, en vista de la magnitud de los crímenes y demás ofensas por parte de la Iglesia, afanarse por garantizar que ésta no volverá a alentar jamás la persecución de los judíos».

Este alegato resulta especialmente incómodo para quien prefiere el trabajo desapasionado, que no neutral, de los mejores historiadores. Porque Goldhagen, como afirma Richard Overby en una de las reseñas más agu-

④ Las críticas de Ronald J. Rychlak pueden verse en «Goldhagen vs. Pius XII» (<http://print.firstthings.com/ftissues/ft0206/articles/rychlak.html>) y «Another Reckoning» (<http://www.crisismagazine.com/january2003/feature.html>).